

charla con

---

Concha Espina

c. moneo sanz

*E*N ciertas oportunidades necesitamos justificar nuestras actitudes y demostrarnos que no estamos equivocados. Esta situación, que involucra poseer una autocrítica aplicable a seres y cosas, tenía para mí verdadera importancia en un momento de mi primer viaje a Europa. Después de conocer las más importantes ciudades italianas, de atravesar la pintoresca Suiza y de vivir una dilatada escala en París, otra vez el camino para llegar, con muy contadas detenciones, a Madrid.

De todas las ciudades dejadas atrás, cuyas características y recuerdos formaban un bagaje turístico apreciable, era quizá Madrid la más esperada y de la que tenía mayor cantidad de elementos para apreciar, recrear y vivir, después de saberlos por lecturas, información directa y tradición familiar. Era Madrid para mí un reencuentro con lo ya vivido emocionalmente en cientos de ocasiones; era una vieja conocida de la que se tienen sólo buenas referencias y se ansía hacer participar de todo aquello que ha permanecido

sin decir durante una vida y de golpe sentimos la necesidad de transmitir. La vinculación no se produjo. Madrid permanecía para mí en la vereda de enfrente y yo la observaba con frialdad; no podía comprender el fenómeno que por primera vez se producía en mi viaje. La sabiduría popular acudió en mi ayuda, pero sin darme elementos valederos para mi propia satisfacción: "... muchos entran en Madrid, y Madrid no entra en ellos" me habían dicho, entre los muchísimos refranes aplicables en todas las oportunidades. Pero era yo quién necesitaba explicación y por más que trataba de encontrarla, siempre podía establecer comparaciones que hacían empequeñecer el valor físico, aparente, de aquel Madrid moderno y antiguo, de aquella ciudad cuyas calles y gentes, tenían a cada momento mi rechazo inconciente.

La época en que llegué a Madrid era Semana Santa; si bien la celebración no tiene la fama y el brillo de otras ciudades de España, su Puerta del Sol con el desfile de las cofradías

y penitentes, tenía suficiente atracción para el turista americano que por primera vez se enfrenta con aquella tradición y aquel boato.

Siguieron unos pocos días de horas ocupadas, que no contribuyeron, ni poniendo la mejor voluntad de mi parte, a disipar la primera impresión.

Dejé Madrid a fines de abril, con la pena de una frustración, pero con la promesa de volver.

Era necesario este largo rodeo aparentemente desligado de mi testimonio sobre Concha Espina, para situarme de una manera geográfico-sentimental, en el lugar donde la famosa escritora vivió gran parte de su vida y cuya presencia, como de la de tantos otros, forma y configura un ambiente, una modalidad, un clima particular que no está de manera alguna desligado de las características que es necesario descubrir, para penetrar hondo, no sólo en la personalidad de las gentes sino también en la raíz profunda del lugar.

Mi segundo viaje no tuvo características turísticas; quise vivir la experiencia europea. Llegué a Madrid nuevamente sin la predisposición negativa motivada por mi primer encuentro. Fueron ocho largos meses, con frecuentes pero cortos intervalos de ausencia. Y a poco de vivir en la "Villa del Oso y del Madroño", se produjo el milagro de su gente. Un periodista de los que creen realmente que de Madrid hay un paso al cielo, me sirvió de cordial cicerone y de introductor en el mundo dorado de los seres que pueblan Madrid. Los lugares tenían ya nombre de personas y las personas nombre de cosas; encontrar a fulano en el café tal, era axiomático; como nombrar a un escritor y decir "el de la mesa junto a la ventana", porque

esa mesa había sido su refugio durante años. Los nombres más relevantes estaban ligados de manera indisoluble a las calles, los cafés, las peñas... Para ver al pintor X. era necesario acudir a determinada hora, generalmente tarde, al rincón que da a la calle de Alcalá de un café de nombre inconfundible.

Lo mismo los artistas, que los futbolistas o los toreros; lo mismo la peña de los más jóvenes, o la famosa de los veteranos. Las horas no cuentan en Madrid; cuenta sólo la cantidad de cosas que tenemos para comentar y su variedad, que no tienen límites.

Y lo verdaderamente milagroso es que nadie resulta ajeno a la reunión; a los pocos minutos todos comparten la charla y el café y se cambian lo mismo loas que críticas, a veces punzantes y casi siempre burlonas o envueltas en un gracejo repetible y a veces deformado para adaptarlo a otras circunstancias.

Es el Café Gijón el centro neurálgico del Madrid nocturno; por lo menos lo era en 1954; los literatos y los actores y actrices, junto a pintores y jóvenes aspirantes, formaban la densa humareda de todas las noches. Y allí se organizaban los encuentros y se conocían los talentos vigentes o pasados. Mi cicerone encontraba siempre motivo para presentarme gente interesante, desde el novel escritor hasta el torero de actualidad, pasando por el modisto de la estrella de moda o por la estrella misma que esperaba al modisto. A una de esas peñas puedo agradecer mi encuentro con el poeta Jesús López Pacheco, con quien me une una cordial amistad y las visitas a don Pío Baroja, a Ramón Cabanillas, Vicente Aleixandre, Dr. Marañón, al pintor Vázquez

## SEMBLAZAS

Díaz y muchos otros. Porque ésta es la otra cara de Madrid que es necesario descubrir: la de su gente.

Las reuniones y las peñas, tienen un encanto muy particular; los reductos de la gente que sólo en contadas ocasiones acude a esos lugares, están sin embargo ligados por invisible cordón umbilical y nadie puede escapar a un requerimiento nacido en una noche de café, así se llame Ramón Menéndez Pidal y sea un estudioso de gabinete y viva alejado. Además nadie se niega a una entrevista, cualquiera sea su carácter y la recepción será siempre afectuosa.

Así ocurrió cuando manifesté mi interés por conocer a Concha Espina; no hubo objeción alguna, a pesar del retraimiento en que vivía.

Una tarde de la primavera madrileña, nos encaminamos al piso que ocupaba la escritora en las cercanías del Parque del Retiro; nos recibió su hijo mayor con toda cordialidad y nos introdujo en una sala amueblada con sobriedad, en la que predominaban los tonos grises. Cuadros sin demasiada profusión, altos techos de construcción antigua. A través de una puerta de cristal se adivinaba un escritorio en parte ordenado y con una biblioteca abigarrada, con cierto desorden.

No tardó en aparecer Concha Espina, llevada de la mano por su secretaria. Su figura, que conservaba cierta altivez, avanzaba señorialmente hacia mí, con la gallardía de sus 77 años. Un ligero temblor acompañaba su voz de timbre grave; una melena blanca y transparente por el contraluz de la lámpara servía de marco a su rostro firme y a un mismo tiempo bondadoso, restándole importancia a sus ojos inexpresivos, privados de luz.

Los primeros momentos fueron de curiosidad para la escritora; le costaba entender cómo alguien podía interesarse por entrevistarla, llegarse hasta su casa, perdida entre las hojas del Retiro, según su propia expresión, desde América, un lugar que tenía para ella singular valor, pero que consideraba tan lejano aunque no por eso menos apreciado.

Recordaba con precisión las visitas de muchos americanos y las ediciones de sus obras en la Argentina; comentó sin amargura, pero con todo detalle, una adaptación clandestina de una obra suya para el cine de nuestro país. La autora de "La Esfinge Maragata" recordó con alegría las gentes de León que le dieron los tipos de su famosa novela y habló de la pequeña aldea asturiana donde pasara largas temporadas y de los personajes de algunas de sus obras, seres que seguían viviendo en su imaginación con el mismo calor de su creación.

No tenía preferencias por sus obras; cada una representaba una experiencia y un proceso creativo diferente.

El cine le interesaba como medio de difusión de la obra literaria; hacía muchos años que no podía apreciar personalmente los progresos y la preponderancia que iba adquiriendo el cine como medio expresivo, pero los comentarios de sus allegados y la importancia que las publicaciones le concedían, bastaban para situarlo en su imaginación.

Llegó el momento de requerirle que posara para fotografiarla; no fue necesario repetirle el pedido. Instintivamente comenzó a alisar su vestido y pidió a su secretaria que le alcanzara un peine. Se acercó con seguridad a un sillón de la sala y me rogó que la

situaran donde fuera más conveniente.

Su expresión se hizo más dulce; la luz la nimbaba operando el prodigio de restar importancia a sus ojos. Su docilidad y su paciencia para esperar las exigencias técnicas de la fotografía fueron ejemplares. Una tras otra, tomé cinco placas. Espontáneamente, Concha Espina me pidió que le tomara también alguna en su escritorio, lugar de trabajo durante muchas horas diarias. Era el lugar donde su figura adquiría toda su significación. Una explicación previa me permitió conocer un ingenioso aparato que había ideado para poder escribir ella misma, sin ayuda de su secretaria, sin dictar sus cuartillas, como si el acto físico de manejar la pluma fuera vital para su obra.

Todo lo hizo con la mayor naturalidad, sin asomo de petulancia o afán publicitario; imprimí nuevas placas y en cada expresión encontré matices insospechados en el rostro de la autora de "La niña de Luzmela". Diríase que recordaba expresiones de las criaturas imaginadas para tantas obras; me resultaba difícil corregir la posición adoptada por ella, la expresión cambiante de su rostro o el trasfondo

que yo intuía poder captar con mi objetivo. Era necesario imprimir muchas placas para elegir, pero no podía llegar al límite de la resistencia de mi modelo. Tuve que conformarme con tomarle unas pocas más.

Limitado por las exigencias técnicas de mi cámara y debiendo apresurarme para lograr la mayor eficiencia, pensé en la importancia del cine en un caso similar y en el valor documental de ese rostro expresando sutilezas que escapan a la velocidad fría de la cámara fotográfica. Mis fotografías fueron quizá las últimas tomadas a la extraordinaria escritoria española; su desaparición, gran pérdida para las letras de su país, me recordó de inmediato sus propias palabras, símbolo de la soledad de la "Rosa de los Vientos": "Vellar se debe a la vida de tal suerte, que viva quede en la muerte".

Mi testimonio de una tarde pasada en compañía de Concha Espina, hizo necesario confesar algo que no me había propuesto todavía; debía sin embargo a mis amigos madrileños, a quienes me hicieron "entrar" en el milagro de su gente, la satisfacción de esta confesión mía, sincera, viva, esperanzada.